

TRASLACIONES E INTERINIDADES

(De la Gaceta de ayer.)

GOBIERNO GENERAL DE FILIPINAS

Secretaría.

MINISTERIO DE ULTRAMAR.—Número 393.—Excmo. Sr.—Viene observándose por este Ministerio, que los Gobernadores generales de las provincias de Ultramar, haciendo caso omiso de lo prevenido en Reales órdenes de 15 de Junio de 1883 y 16 de Febrero de 1887, disponen con frecuencia, fundándose en la conveniencia del servicio, el cambio de destinos de los empleados nombrados por el Gobierno de S. M.; y siendo necesario que este Ministerio tenga conocimiento exacto de la situación de todos los funcionarios públicos que prestan sus servicios en esas Islas, para poder apreciar sus condiciones y concretar en su caso las responsabilidades en que puedan incurrir; el Rey (Q. D. G.) y en su nombre la Reina Regente del Reino, ha tenido á bien resolver:—1.º Que ese Gobierno general se esfuerce en mantener á los funcionarios públicos, en los destinos y Dependencias para que sean nombrados por el Gobierno Superior.—2.º Que cuando el mejor servicio exija el cambio de destinos de cualquier funcionario, no tenga efecto sino después de formulada la oportuna propuesta y aprobada que sea por este Ministerio.—3.º Que se recuerde á ese Gobierno general que las vacantes que por cualquier causa ocurran en las provincias de Ultramar, deberán ser siempre provistas interiormente por sustitución reglamentaria. Las que ocurran de destinos que requieran fianza se proveerán también interiormente en funcionarios activos ó cesantes que puedan prestar la correspondiente fianza. Los nombramientos interinos se someterán á la aprobación del Gobierno Supremo.—4.º Se declaran responsables á los Ordenadores é Interventores de Pagos de los que autorizan por haberes de empleados que presten servicios en cargos ó Dependencias distintos de aquellos para que fueron nombrados, sin más excepción que la obligada por sustitución reglamentaria, cuando se verifique cumpliendo lo dispuesto en esta soberana disposición. Es asimismo la voluntad de S. M. que es Gobierno general, no suspenda; la posesión de ningún funcionario, nombrado por el Gobierno, sin causa legal que lo justifique, y que esta disposición se publique en la Gaceta de Manila y en la de esas Islas.—De Real orden lo digo á V. E. para su conocimiento y demás efectos.—Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid, 8 de Abril de 1889.—Becerra.—S. Gobernador general de Filipinas.

Manila, 22 de Mayo de 1889.—Cúmplase y expíandose al efecto las órdenes oportunas.

WEYLER.

Resoluciones.

Por el Gobierno general se han decretado las siguientes:
Disponiendo que en vista del escaso número de presos que existen en el cárcel pública de Batang, pase el alcalde de la misma, por conveniencia del servicio, á prestar los suyos á la de Cápiz, accediendo provisionalmente á la permuta de sus respectivos destinos solicitada por D. Francisco Saiz y Gomez, oficial 3.º del Gobierno civil de Tayabas, y D. Manuel Gil de Rojas, oficial de igual clase en la Intervencion general del Estado.
Concediendo un mes de próroga sin sueldo, á la licencia que se halla disfrutando D. José Riap y Lara, alférez del tercio de policía de Calamianes.
Accediendo á lo solicitado por don José de Góngora y Aguilar, y declarándole poseedor desde el 16 del actual del destino de oficial 4.º secretario electo del Gobierno P. M. de la Region Occidental de las Carolinas, debiendo embarcar para su destino en el primer buque que zarpe de esta capital.
Las resoluciones dictadas por la Intendencia general de Hacienda han sido: Disponiendo venga á la capital D. Gonzalo de Espinosa, interventor de la Aduana de Cebú.
Id. que se devuelva á D. Luis N. Basa la cantidad de \$ 21'44 importe de los derechos satisfechos en la Aduana por dos cajas de efectos abandonados por el mismo.
Id. se suspendan en definitiva las subastas para la venta del casco y enseres de la goleta Santa Filomena, que se halla en Cavite.
Por la Direccion de Administracion civil ha sido admitida la renuncia presentada por D. Antonio José Cabrera García de Leon, nombrado por Real orden oficial 5.º de la Contaduría, del destino de auxiliar de Fomento, electo, de la provincia de la Union.

TELEGRAMA DE MADRID.

(De El Comercio)

Madrid 25 Octubre, 2 55 t.

El Consejo de Estado dilata el informe sobre el proyecto de reformas de la enseñanza en esas Islas, pidiendo numerosos documentos.
En el último Consejo de Ministros celebrado, se ha aprobado la parte de presupuesto que no mereció impugnación, y se ha examinado la solución á la cuestión monetaria dada por el Sr. B-cerra.
Ha sido nombrado Inspector general de Montes, el Sr. Ceron.
Ha fallecido el teniente general señor Gofín.
S. M. la Reina Regente ha firmado el decreto concediendo el título de ciudad á Iloilo.

Santa Cecilia.

Hé aquí el programa de la velada con que piensa solemnizar la sociedad musical de Santa Cecilia, la festividad de su patrona:
Sinfonía de La forma del destino para orquesta.—Romanza de tenor de la ópera Don Sebastián (primera vez) que dirá el comandante Sr. Pardo.—Trío para flauta, violín y piano sobre la ópera La Gioconda (primera vez) por los Sres. Silos, Dancel y García.—Sinfonía para orquesta sobre la tragedia Struensee (primera vez).—A solo del Contrabajo de Neber (primera y 2.ª señora Olea.—Retorna vencedor de la ópera Aida ó otra pieza de canto que se halla á cargo de una distinguida s-fortita cuyo nombre no conocemos aún.—Trío para flauta, violín y piano sobre la ópera Mefistofele (primera vez) por los Sres. Silos, Dancel y García.—Solo del 4.º concierto de Herz para piano s-fortita y la orquesta (primera vez).—Sinfonía Guillermo Tell según la instrumentación original del autor.

La orquesta, que será la de S. Juan del Monte, reforzada con algunos elementos de valía, será dirigida por los profesores Sres. Rasori y Echebony, estando encomendada la parte de ejecución de arpa á la señorita Gálvez. Uno de estos días se repartirán las esquelas de invitación.

DESDE CAVITE.

Nos dice un amigo, y suscriptor por suavidura, que son dos títulos para poner en movimiento un periódico:
"Aunque á empujones, porque los medios escasean, aquí se van realizando poco á poco mejoras locales. Sin embargo, me intrigan mucho dos cosas que creo costaría poco remediar, y nos molestan á los aficionados á dar grandes paseos á pié. Es la primera la ridícula y estéril tentativa de arbolado en el paseo del mismo, que es bien corto, y la segunda que, tan pronto caen cuatro gotas, son un barrizal las calles de San Roque. ¿Podrían ustedes ofrecernos alguna consuelo sobre ambos achaques?"
—Pues claro está que lo tenemos, señor y amigo nuestro. Un periódico ha de estar surtido de todo, como botica, y hasta los hay que, en odio á la medicina racional y de observación, no venden sino específicos. Vamos á ver si nos entendemos.
En Manila se resolvió la cuestión del arbolado de paseo desde que se abrió á la caña. ¡Qué preciosa es esta planta formando gigantesco matorral! Da sombra y adorna como ninguna otra, sin decir insectos molestos, como muchas. Si se han agotado ya las cañas en la Estanzuela para surtir de ponos ó plantones al paseo del mismo, avísenos usted y le enviaremos algunos.
Vamos á lo otro. No hace muchos días í un paseo por San Roque, y no se puede V. imaginar mi sorpresa al ver que el publicito que arde un año sí y otro no y todos seguidos, tenza calles tan angostas y las casitas de nipa unas á otras pegadas. ¡Qué ausencia de administración! Dije V. pues, que venga el próximo incendio; pida V. que las calles se ensanchen, que se obligue á los propietarios, á abrir cuartos por donde correr el agua, ya que no se les haga poner aceras, y, entonces, con un poquito de lomo á la calle, el agua correrá y habrá menos fango que ahora. Sobre todo, que no se olvide de proponer que paguen su tanti-cuanti esos propietarios para que haya algún dinero para sostener calles de verdad.

Gran novedad.

Al programa de la próxima fiesta de Porta-Vaga, que ya hemos publicado, hay que agregar una distraccion que seguramente llevará mucha jente de Manila.
Habrá una compará de aetas ilegítimas, auténticas aetas de Mariveles contratadas para bailar, correr, saltar y disputarse premios de tirar al blanco con flecha.
¡Como en París los peles rojas y los negros del Congo!
Adios poesía geográfica! El salvagismo es una especulación, un oficio, un estado social histórico al igual que el baile y tante flamencos. No faltaremos en Cavite.

Llamados.

La Administracion central de Rentas y Propiedades de las Islas Filipinas, por segunda vez llama, cita y emplaza á los herederos de D. Mauricio Martín de Angeles, escribano público que fué de la provincia de Cavite, para que en el término de nueve días, se apersonen por sí ó por medio de apoderado, para enterarse de un asunto que les interesa.

Haberes.

La Tesorería general, anuncia que, de 8 á 11 de la mañana del 31, satisfará sus haberes á los habilitados de las clases activas.

El día 2 del próximo mes de Noviembre se abrirá por la Administracion de Hacienda pública, el pago á las clases pasivas que tienen consignados sus haberes por estas Cajas, en la forma siguiente:

Día 2 Jubilados, Cesantes y Gracia.
Días 4 y 5 Monte Pio Civil y Militar.
Días 6 y 7 Monte Pio Militar.

Los pensionistas que no se hubieren presentado antes de las once de la mañana de los días arriba indicados, serán dados de baja hasta la siguiente nómina.

Secretario.

Ha sido nombrado secretario del Museo Biblioteca D. Benito Perdiguro, empleado Hacienda.

Exéquias.

Al decir de un colega, en los primeros días de mes se celebrarán solemnes exéquias, en Santo Domingo, por el eterno descanso de S. M. F. D. Luis I. de Portugal.

Maestro.

Se halla vacante la plaza del de niños en O'donell, Cavite, y los que la deseen tienen treinta días para presentarse ante el gobierno de dicha provincia.

Sin dueño.

Una yegua de pelo retino, un caballo, castaño y un carabao, cogidos sueltos, se hallan en depósito en el gobierno P. M. de Cavite, á disposición de sus dueños.

Venta de ganado.

La empresa de los coches express, cuyo material estaba en venta, ha cedido todos sus caballos á la de los tranvías. Con esto se suspende el servicio de express y se hace más urgente la inauguración de la nueva línea de tranvías.

Mercado de Arroceros.

Como nos han dicho que ya no hay en él puestos de géneros y de quinacalla, hemos querido cerciorarnos por nosotros mismos. ¡Pero no se puede pasar! En la plazuela de ingreso del mercado son tantos y tan artísticamente colocados los baches profundos, que solo alguna carromata de las construidas para viajar por montaña, puede intentar el acceso á cualquiera de las tres entradas de dicho mercado.

Al reflexionar que con 12 ó 16 carros de hormigon grueso, que no necesita sino ser esparcido por allí, está todo remediado, y que esto tan fácil y barato no se hace, ocurre otro:—¿El cargo de inspector del mercado es sólo honorífico, decorativo y sin la menor obligación?

Correos.

Cartas de España detenidas por insuficiente franco.

D. Tomás Baogza, Manila; D. Manuel Perez y Martinez, id.; D. Luis Estrada Gonzalez, Cavite; D. Felix Camara, Cottabato; D. Roman Martinez, Manila; D. Antonio Cajrville, id.; D. Gutierrez Hermanos, id.; D. Manuel Carnicero, idem; D. Leon Elois, idem; D. Ricardo Deza, Dingras; D. Patricio Gimenez, Manila; Fr. Euterio Peña, Silai; D. Tirso de la Puente, Manila; D. Zolito Fadrique, idem; D. Galo Gimenez, id.; D. Ulpiano Alvarez, id.; D. Emilio Florencio, Tayabas; D. José Baedo, Cavite; Fr. Casto Garcia, Baler; D. Joaquin Monfort, Cebú; D. José de Quevedo, Albay; D. Francisco Muñoz, Puerto Princesa; D. Elias Danzo, Joló; D. Indalecio Pizarro, Manila; D. José Torres, id.; D. Pedro Moret, id.; don Diego Terron, id.; D. Lope Garcia, idem; Fr. Feliciano Martin, Asingan; D. Casto Pequeño, Manila; D. Emilio Lopez, idem; Fr. Raimundo Velazquez, id.; Fr. Nicandro Gonzalez, id.; D. Julio Sanz, id.; don Adolfo Fernandez, id.; D. José Benaben, id.; D. Braulio Matricio, id.; D. Máximo Rodriguez, id.; teniente coronel Iser jefe del regimiento peninsular de Artillería, 1.ºer batallon 6.ª compañía; D. Calixto Corpa, id.; D. Tomás Gonzalez, id.; don Antonio Prieto, Isla de Negros; D. Juan Sanchez, Manila; D. Jaime Manrique, idem; D. Rafael Bertoloty, Puerto Princesa; don Jacobo Prado, Manila; D. Emilio Alonso, Catabogan; D. Fernandez, Pampanga; don Juan Roda, Manila; D. Joaquin Senador, id.; D. Manuel Rodriguez, id.; D. Robustiano Prada, Uluagan; D. Maria Esnal, Manila; D. José Peña, id.; D. José Bosquez, id.; D. Valentin Vidal, id.; D. Andrés Sanchez, id.; D. Tomás del Perajo, Cebú; D. Jaime Sola, Manila; D. Segundo Redondo, id.; Aldecoa y Ca, id.; don Antonio Monchaca, Iloilo.

Cartas en lista por ser desconocidos sus destinatarios:

Para la Península.

D. Agustín Toledo, D. José Montalvo, D. Simon de Mallona, D. Pablo Masot, D.ª Trinidad Rey Garcia.

Del Interior.

D. José Otero, D. Evaristo Garcia, D. José Belarzo, D. Eugenio Tiempo, D.ª Catalina Lorenzo, D. Tomás Rafion, D. Segundo Carbonel, D.ª Romualda de los Santos, D. Domingo Fanod, D. Ramon Talanor, D. Pantaleon Blas, don Eulalio Tison, D. Regino Coloma, don Tiburcio Aguilanag, número del periódico "La Voz de España" por tener la faja en blanco.

ENTRE PARÉNTESIS

EL PLATO ROTO.

Enriqueta y Antonio habían nacido el uno para el otro.

Porque si bien eran bonachones, no poseían ese fondo de bondad propio de corazones nobles. Frívolos y vanidosos, ambos, todo lo supeditaban á las exterioridades y al torlozo.

Ella pertenecía al ramo de niñas cursis. El al más que cursi de los horteras. Se conocieron una tarde en Recoletos, día de parada, por no sé qué solemnidad.

El estrenaba botas de charol que le iban desbaciando los juanetes, callos y demás adimentos de sus enormes pies semejantes á tablas de lavar, y guantes de piel de perro con los que cubría las matas de sabáñones de sus manos, y un chaquet color de panza de burra que partía los corazones.

Ella también estrenaba aquel día como no una capota color de rosa procedente de una condesa auténtica que la había regalado á su doncella (?); esta á la hija de la portera, y la portera que se le había traspasado á una preñadora mediante el canje de 14 reales vellón.

¿Eh? me parece que la capotita no deja de tener su historia.

A ella le chocaron los relucientes botas; á él la historiada capotita y ambos á un tiempo se miraron, sonrieron y se gustaron y ¡puff!

En las altas micas del destino quedó acordado el unir aquella pareja de mamarrachos tan igualita.

Tres meses estuvieron amándose furiosamente. Furiosamente, con la mayor culería, pero al fin y al cabo se amaban con

furor y ¡claro! ¿qué había de suceder?... lo que sucedió.

Que se casaron.

Pero aquí entra lo peliagudo. El era sólo en el mundo como los hongos; pero ella aún tenía á su lado para quererla á su padre, un pobre anciano débil de cuerpo y de espíritu, que como padre (y buen padre) tenía los cinco sentidos puestos en su hija y hacía cuanto á la última se la antojaba y...

Pero volvamos al matrimonio.

Al año justo tuvieron un hijo al que adoraron ambos con igual ternura. Esta vez creo que se cumplió el refrán del panecillo debajo del brazo, pues si bien el chico no traía pan de ninguna clase, los negocios del botero fueron viento en popa; con la participación que en la tienda de sedas tenía, pudo establecerse y hacer á su principal una competencia, feliz por todos conceptos.

(Ingrato!) El círculo de sus relaciones fué ensanchándose, y ya se permitían el lujo (como las prisiones de verdad) de recibir un día á la semana.

(Ojo á la caja que aquí vá lo bueno.) El caso era, que él quería lucirse entre sus compañeros ex-horteras que como él, también habían prosperado y decidido que el día de su santo había de darles un copioso banquete.

Al efecto encargaron un suculento menú á un reputado fondista.

Pero ella, la mujer, Enriqueta, que ya hemos dicho era el orgullo y la vanidad en persona, pensó que su pobre padre haría mal papel entre los convidados, que comía malamente por falta de dientes y que eso no estaba bien visto, que iba á ser una nota triste en el concierto de aquella festividad, y no sé cuántas cosas más, y decidió de *motu proprio* que el anciano comiese en la cocina en compañía de la maritones y demás criados.

Efectivamente así sucedió; verificóse el banquete; reinaron en él animación y alegría tantas y burdas por ser de quien era; hubo quien hasta se emborrachó y nadie se acordó del pobre anciano relegado al olvido en la cocina.

(¡Mientel!) Hubo, sí, quien se acordó del pobre viejo.

El niño, que cansado de tantas risas y tanto ruido, se desilizó de su silla de brazos, se quitó su babero y fuése al lado del abuelito á hacerle compañía. ¡Pobre señor aquel! ¡qué dolor revelaban las silenciosas lágrimas que vestían ¡qué pena para un padre el ver que un hijo se avergüenza de su miseria!

Ya desde aquel día el anciano comió siempre en la cocina, pues ni la hija ni el yerto (¡perversos!) querían sentarle á su mesa.

Y no paró aquí su crueldad. Como el anciano, efecto de sus años, era temblor de pulso; como no le servían ni le hacían caso ni aún los criados, se veía obligado á servirse él mismo de cuanto necesitaba; y sus movimientos y el débil de su vista hacían que el infeliz hiciese pedazos cuanto cojian sus manos, así es, que el matrimonio cansado de tanta rotura de loza decidió que comiese en un plato roto, único que quedaba de la ordinaria, con amenaza de echarle al hospicio si aquel también se rompía.

Pero la Providencia velaba por aquellos dos desdichados, que tan crueles se mostraban con aquel desgraciado padre.

Un día por un movimiento mal hecho de Antonio, el marido cayó un plato al suelo y se hizo diez y siete mil pedazos.

¡Inmediatamente el niño abandonó su asiento y fué á recoger aquellos pedazos rotos, y empezó á jugar con ellos, y a pesar de los alaridos y mandatos de sus padres para que volviese á ocupar su sitio en la mesa, como estaba muy mimado, siguió jugando sin hacer caso de ellos.

—Vamos niño, á la mesa.

—No tere ya.

—¿Pero por qué no quieres, hijito?

—No tere.

—Ven á comer, vidita. Para que quieras ese plato roto.

—Para te toma papá tando sea tomo amellito.

A estas sencillas palabras del niño, el Angel del mal batió sus bruniadas alas y abandonó aquel hogar abuyentado por el iris de paz que el arrepentimiento enviaba á aquellos corazones extraviados; gruesas lágrimas ocurrieron de los ojos de Antonio y Enriqueta; se miraron; comprendieron la lección que les había dado aquel niño, y prontos volaron en busca del anciano padre y le pidieron de rodillas el perdón de sus maldades anteriores.

El padre, (padre al fin) les perdonó con alma y vida; unió á los arrepenidos en un estrecho abrazo y entre sollozos y palabras de cariño terminó esta escena desgarradora.

Desde aquel día el buen viejo ocupó puesto preferente en la mesa y en todo. El al más que mimado con verdadero amor y desde entonces la verdadera dicha reinó en aquellos corazones.

Hemos contado este episodio (figuradamente histórico) en estilo jocoso, por ser en un principio barto repugnante y no quer- darle los tonos tristes y duros de la maldad.

Qué verdad es que cien hijos no son para un padre, y un padre sí lo es para cien hijos.

SELVA.

CASTELAR

EN EL PALACIO DE LOS BORJAS

El Sr. Castelar, que desaba estar en Madrid hacía mediadas de este para marchar luego á San Sebastian donde amigos cariñosos le esperaban á fin de hacer en su compañía el viaje á la Exposición de París, no podrá venir hasta fin del mes.

Los antiguos amigos y entusiastas admiradores con que cuenta en la region levantina, predilecta de su corazón, no se resignan á que la temporada que pase entre ellos sea más corta.

De todas aquellas hermosas pobla-

ciones le exigen personas unidas á él por fuertes vínculos de cariño que vaya si quiera sea á estar entre ellos un par de días. Así, saldrá para Alcira, en cuya deliciosa huerta pensaba residir una semana en la hermosa posesion de D. José Dolz, y luego marcharía á Benidorm, donde se hospedaría en casa del Sr. Thoms.

El Sr. Castelar, que antes dejaba con dificultad su casa de Madrid, desde la muerte de su querida hermana considera su solitario hogar como una mera residencia parlamentaria, y no siente deseos de permanecer en él sino en tanto que por hallarse abiertas las Cortes la nación necesita de sus servicios en Madrid.

Entre las expediciones que desde Dénia ha hecho el grande orador, puede considerarse como la principal la visita á Gandía durante la pasada semana.

El Liberal, de Dénia, ha publicado un extenso relato de esa excursion y son dignos de reproduccion los términos en que se da cuenta de las impresiones que en el eminente patriota produjeron el magnífico templo gótico que fué colegiata y el palacio de los Borjas ó Borgias como les llaman los italianos.

La semblanza de San Francisco de Borja hecha por el Sr. Castelar, es de forma tan maravillosa que nuestros lectores habrán de agradecerles la reproducción.

Castelar desde la municipalidad—dice el periódico citado—al regio aléazar, en el espacioso patio de este monumento, en el estudio de la hermosa ventana gótica sobre su escalera, por fines del siglo decimoquinto abierta, iba depatiendo acerca de los episodios más célebres en la vida del santo, y sobre todo de su visita, ya ordenado, al emperador Carlos V en Yuste.

"Marqués un tiempo de Lombay San Francisco, exclamaba, duque de Gandía después, ido desde la corte más esplendente al claustro más humilde, único heredero de los Borgias al medio siglo de su grandeza extinta, parecía llegado por llamamientos sobrenaturales, como dice Mignet, á purificar con sus virtudes, con sus penitencias, con sus sacrificios el nombre y el recuerdo de sus padres.

Cortesano perfecto, instruido en todos los cánones de una tan complicada etiqueta como la entonces reinante; caballero cumplido en la sociedad y justador diestro en los torneos; artista, si no por su genio, por su gusto y por la protección constante á las artes dispensada; virrey consumado en el gobierno y dirección de la cosa pública; intrépido cazador, cuyas monterías se asemejaban á guerras y combates, desnudándose de tamañas grandeas con denuevo semejante al denuevo del suicida, poniéndose por maceraciones, penitencias, ayunos, del til suerte flaco y débil, que parecía, envuelto en su sotana raída, una especie de ambulante cadáver, como perfecto modelo que fuera de la santidad, pero tambien de la inferioridad y de la rigidez jesuíticas.

Autorizado por componendas de circunstancias á ser duque de Gandía y cenobita del claustro, á regir su ducado con todos sus bienes y á ejercer la cruel pobreza y pedir la santa limosna, San Francisco era un gentilhomme del mundo, al par que un penitente del cenobio.

En la tierra misma donde radicaban sus Estados consagróse á la fundacion de colegios jesuíticos. En palacio espléndido parecían sus habitaciones sepulcros y no celdas. No había en ellas una cama. Cuando el suño lo abrumaba con su peso invencible acostábase tan sólo sobre dura tarima.

El 1.º de Agosto de 1551, cortado el cabello, rapadísima la cara, después de haber salido del ducado de Gandía con el himno en los labios cantado por los israelitas al salir del cautiverio de Egipto, y después de haber estado algun tiempo en Roma para fortalecer y acerar su alma con la conversacion y ejemplo de San Ignacio; celebró en las altas montañas de Guipúzcoa, sobre altar elevado á cielo abierto, y con el aroma de los riscos bravíos por incienso, por coros y órgano los mugidos del mar inmenso, una misa mayor, á la cual asistieron los creyentes pueblos de aquellos comarcas atraídos y llamados por indulgencias plenarias.

Cuando vió Carlos al apuesto caballero, cuyos vestidos deslumbraban en su corte los ojos, y cuyo semblante y apostura atraíanle de consuno amor de las mujeres y admiracion de los hombres, reducido por sus maceraciones á una especie de leño cubierto por sotana raída, como esas imágenes de la penitencia que se alzan, tocadas pero expresivas, en los altares de las aldeas, creyó mirar frente á frente de sí, no un ser vivo y real, un ser provinciano de otro mundo y permitido en éste por un milagro de la divina Providencia.

Todo el relato del periódico de Gandía, el cual relato ocupa siete columnas del mismo, está lleno de joyas literarias de este orden. Sólo sentimos no poder reproducirlo íntegro.

LA EXPOSICION DE PARIS

Es caso barto notorio, que la modestia no figura entre las grandes cualidades que distinguen al pueblo francés, y que nuestros vecinos de aqueudo el Pirineo cuando de sus asuntos se trata, les dan ciento y raya á los mismísimos hijos de Triana.

Esta vez ha sido así; y digo esto, porque los cálculos hechos por los parisienenses sobre los resultados pecuniarios que dará la Exposición que se está celebrando en esta gran ciudad, van saliendo muy equivocados, puesto que superan aquellos de mucho á las cifras relativamente modestas, imaginadas antes de inaugurarse el universal certamen.

En París está corriendo el oro á torrentes, y quien quiera que se fije en miles y miles de personas que en la Exposición y fuera de ella derrochan el dinero, muchas veces en las cosas más fútiles é innecesarias, tendrá necesariamente que considerar con cierta amargura el contraste que

a grandiosa, la privilegiada capital con sus festivales, sus banquetes, su esplendidez, su lujo y su despilfarro, digámoslo de una vez, forma con el cuadro bastante sombrío que la Europa entera y la misma Francia (exceptuado París) nos ofrecen.

El contraste es, en efecto, muy triste para un observador en cuyo corazón se abriguen sentimientos humanitarios.

Acordémonos por un momento, del modo como están en general los negocios en la mayoría de las naciones de Europa; pensemos en Inglaterra y en sus buelgas; en Bélgica y sus recientes desgracias; en Alemania muriéndose de hambre víctima de la situación de fuerza en que las circunstancias la han colocado; en Italia con su crisis financiera y atacada por el mismo cáncer que corroe á su aliada, y no comprendemos que del fondo de tan pavoroso cuadro se pueda destacar la escena de alegría, de bullicio, de incensante fiesta que ofrece esta capital.

Y advertian mis lectores, que la gente cosmopolita que en grandes masas inunda á París y su Exposición hasta llenar todos sus rincones, no viene, en general á ver y admirar los tesoros que las Ciencias, las Artes y la Industria han amontonado en los suntuosos edificios y galerías del Campo de Marte, ni á examinar las innumerables preciosidades de todo género que atesora este centro de civilización, de progreso y de cultura, este incomparable París, como aquí con justicia le llaman, sino que, salvo algunas excepciones, la gente no viene aquí más que á fumar, exhibirse, darse tono, comer, beber, bailar, en una palabra, á derrochar, pero sin sacar de todo ello el más mínimo provecho.

Veo por aquí mucha gente que más valiera que se hubiesen quedado en sus casas.

La Exposición y París están ahora en todo y su apogeo. Si los hombres del 89 anterior pudieran levantarse por un momento de sus tumbas y vieran la diferencia que existe entre el París de los tiempos de Marat, Danton y Robespierre y el París actual, se quedarían admirados, aunque perplejos, pensando como muchos, que si bien esta capital ha ganado extraordinariamente en comodidades, en espacio, en esplendidez material y especialmente en condiciones sanitarias, ha perdido, en cambio, bastante en lo que á belleza, gusto artístico, valor histórico se refiere.

Esta transformación significa para unos y son la mayoría, un gran paso en la vía del progreso; pero para el artista, el anticuario, el filósofo, el historiador y el sentimentalista en general, no representa más que ruina, destroz y mal gusto.

La eleccion entre boulevares, jardines, vías anchas, espaciosas y llenas de luz, y calles angostas, ricas en obras artísticas y restos históricos de gran valor, iglesias, torres cubiertas de esculturas, y adornos arquitectónicos de los siglos XIII, XIV y XV, preciosidades raras, inimitables, maravillas del ingenio y del sentimiento, la eleccion, repito, dependería como es consiguiente, de las adiciones de cada cual.

La demoleadora piqueta del progreso ha derribado en esta capital en menos de un siglo barrios enteros, manzanas inmensas de edificios, más de veinte iglesias, capillas y abadías, varias torres monumentales y entre ellas las de Saint-Louis, Etienne Marcel y la de Felipe el Hermoso, y gran número de pasajes y pasillos que daban á París cierto aspecto característico del cual quedan aún algunos restos, construyendo en sustitucion muchos hospitales, estaciones de ferro-carriles, algunos palacios, edificios públicos, mercados, boulevares, calles, puentes y muelles, todo ello construido á la moderna y con todo el gusto artístico que cabe en estas clases de construcciones.

Por esta capital y con el objeto de admirar el grandioso certamen, han desfiliado muchos millones de personas; aquí ha venido lo más granado, lo más saliente de ambos mundos; hemos visto reyes blancos, reyes negros, reyes amarillos, príncipes de todas las castas y colores, artistas, ingenieros, arquitectos, médicos, jurisperitos de todas las nacionalidades y miles de obreros inteligentes; pero entre esta gran falange cosmopolita, dos son las personalidades que han tenido el privilegio de llamar poderosamente la atención en una capital que se fija generalmente poco en las personas á menos de ser éstas de grandísima talla.

Edison y Gladstone han sido las dos figuras más eminentes que han honrado el Certamen con su visita.

La recepcion que tanto el célebre electricista americano como el primer hacendista y egregio hombre de estado de Inglaterra han tenido en París, será de aquí en adelante un nuevo timbre de gloria para el pueblo que cuenta entre sus hijos hombres tan eminentes como Lesseps, Pasteur, Eiffel, y otros.

Edison salió de aquí entusiasmado, lo mismo que el leader del partido liberal en Inglaterra, y entusiasmados salen todos los mortales que pueden gozar del magnífico espectáculo que ofrece hoy la capital de la República francesa.

Termino manifestando que, á pesar de cuanto se dice, la Exposición se prorrogará, á lo menos, hasta últimos de noviembre, aunque hay empeño por parte de algunos en que se cierre aquélla el día en un principio señalado.—T.

EL ZAPATERO REMENDON.

No vayas á pensar, lector amigo, que intento endosarte un artículo de costumbres, cuyo protagonista sea el zapatero de viejo ó remendon; nada de eso. Mal pudiera, por otra parte, llevar á cabo aquel propósito quien nada entiendo de remontas, tacones y medias suelas. Mero narrador, me limito á referirte una historia.

cuando se nos antoja los ignorantes y los repetitivos en la vida para que mejor nos entendamos. Pues bien: un zapatero remediado de cierta ciudad antiquísima, cuyo nombre no quiero escribir, desmistió con su conducta, al saberlo y el proverbio.

Es el caso, y va de cuento, que nuestro zapatero y su mujer habitaban un sobano en un cierto callejón de mala muerte, al que caían algunas ventanas del Palacio episcopal. Tan pobres eran los zapateros como observador y caritativo el señor Obispo su vecino; pero no fué la extrema pobreza, sino la imperturbable conformidad y buen humor del matrimonio zapatero, lo que chocó al Sr. Obispo.

Levantábase los zapateros al romper el alba, abrían la puerta de su choza, y en tanto que el marido recogía y ordenaba para el trabajo las herramientas de su oficio, la mujer bñría y regaba el trozo de calle fronterizo á su morada. Sentábase después sobre el umbral de la puerta, y machaca que se machacará él, y cose que te cosrás ella, con tachuelas y cáñamo encerado, remendaban botas y zapatos, que á su dueño llevaba la zapatera presurosa, para con el producto del remiendo cubrir después los nada blancos manteles.

Íntil es advertir que continuas canciones entonadas á dúo, con el monótono repiqueteo del martillo por acompañamiento, y conversaciones animadas y picantes, sazonaban el trabajo del día. Apenas el toque de oraciones anunciaba en la torre de la inmediata catedral la hora de comer, recogían sus bñculos, y siá pasar al comedor, sobre la mesita de las herramientas colocaban sus cebollas ó sardinas asadas, que con un pan moruno de á libra, repartían entre los dos amigablemente y devoraban en pocos segundos, con tanto placer como provecho.

Levantados los manteles del banquete oprimado, repetíanse las canciones, la charla, el martilleo y las idas y venidas de la zapatera para el buen servicio de sus parroquianos. La cena, semejante á la comida, daba por terminado el jornal; y cuando todo mochecho regresaba á su olivo, recogíanse los zapateros en su choza, durmiendo en ella á pierna suelta el su fin de los felices.

El Sr. Obispo, que desde las ventanas de su palacio espía á sus vecinos, al ver tanta resignación unida á probraza tanta, se compadeció del matrimonio, y llamando al zapatero le dijo:

—Me han dicho que es usted maestro en el oficio; ¿por qué, pues, no pone zapatería de nuevo?

—Señor, contestó el zapatero, si no tenemos que comer, ¿cómo quiere su ilustrísima que compre los materiales necesarios?

—No hay que apurarse por tan poca cosa. Tome usted cien duros y empéelos en lo que tenga por conveniente.

—Pero, señor, ¿cómo he de pagar yo?... —Ya están pagados. Con que á trabajar, continuando tan hombre de bien como hasta el presente, y á ver si logra usted reunir un capitalillo para la vejez.

Lleno el zapatero de asombro, dió torpemente las gracias á su ilustrísima, bajó de cuatro en cuatro las escaleras de palacio y voló en busca de su mujer, la cual medio perdido el juicio el ver tanto dinero en sus manos.

Recogieron las herramientas y las botas y zapatos á medio remendar, y entraron en la casa á resolver el árduo problema.

—¿Qué iban á hacer con aquellos cien duros?

Por de pronto concluyó el trabajo, dejaron el umbral de la puerta, callaron sus gargantas y buyerón las conversaciones picantes de sus labios. Verdad es que aquel día no comieron sardinas y cebollas asadas, según inveterada costumbre; pero también es cierto que desveláronse de tal manera pensando en que podían robarles durante la noche su tesoro, pues no había llave ni cerradura alguna en la casa, que á la postre se coló la aurora, no por las rosadas puertas de Oriente, sido por la lóbrega de la habitación zapateril, sorprendiendo al matrimonio con algunos reales más que de costumbre, pero con mucha menos calma y alegría que de ordinario.

Transcurrieron varios días en situación tan angustiosa y sin que ninguno de los cónyuges se atreviese á tomar una resolución definitiva, hasta que cayendo al fin el marido en la cuenta y obtenido el beneplácito de su mujer, tomó el dinero y se lo devolvió al Sr. Obispo diciéndole:

—Señor, cuando éramos más pobres que las ratas, sobaban en mi casa tranquilidad, alegría y buen humor. Desde que su ilustrísima nos dió estos dos mil reales, no hemos vuelto á ver hora buena. Conque aquí los tiene su ilustrísima, y Dios premie en la gloria su caridad.

Suspense el Sr. Obispo, tomó el dinero instintivamente, y por primera vez en su vida dudó de la exactitud del proverbio salomónico arriba dicho: *Nadie está contento con su suerte.*

MANUEL POLO Y PAYROLON.

RUINAS DE JUGUETE

(De El Liberal.)

Como los periódicos espñoles solo buscan las noticias extranjeras en la prensa de París, que á su vez traduce la inglesa y muy poco la alemana, solo con un retraso enorme nos enteramos de los descubrimientos arqueológicos notables. Un amigo nuestro nos envía el último número de la *Revista de Antigüedades*, que se publica mensualmente en Atenas, la cual inserta un artículo extenso del que solo extractaré la parte amena, omitiendo las citas de Homero, Herodoto, Aristóteles, Filostratos, Plinio, Juvenal, Ateneo, San Agustín y otros sabios que dan noticias muy formales acerca del fabuloso país de los pigmeos, colocándole en diversas regiones entre sí muy apartadas. La ciencia moderna no admite esa tradición histórica, ni aun con la autoridad de tan graves escritores y solo la tesis que consignamos y reconoce como pigmeos positivos á históricos los que parecen muy comprobados en los dos últimos siglos, y los que ha examinado científicamente esa ciencia modernísima. ¿Se equivocan todos los sabios antiguos?

La duda ha sido resuelta por la arqueología en favor de la antigüedad. Un griego recién llegado á Atenas del Ato Egipto, ha solicitado del gobierno el benéfico recurso para una expedición científica que enriquecerá el Museo de antigüedades con joyas tan originales y ex-

traordinarias, que no tendrán similares en ningún otro museo. Juan Paripomenon es naturalista y ha hecho sus viajes sin recursos: condecorado de muchos idiomas y de las antigüedades egipcias, servía de intérprete y guía á los turistas ingleses, interesándose hasta los límites más peligrosos desde que estalló la guerra del Sudán. He aquí en extracto el descubrimiento hecho en la región montañosa que no quiere revelar, pero del cual presenta testimonio irrecusable presentando dos sesucros y otros hallazgos arqueológicos.

Refiere el viajero que durante la hora de la siesta los expedicionarios se habían dispersado buscando entre las rocas un sitio en que reposar. El se recogió en una ancha caverna, recimando la cabeza en un gran ladrillo de mármol basto del tamaño de medio pliego de papel. Parecía que estaba manchado; pero al verle tan de cerca creyó que eran signos trazados por el hombre; excitada su curiosidad escarbó la tierra y levantó la piedra con gran facilidad, hallando debajo como el hueco de una caja formada de hormigón, y que no contenía nada dentro. Teniendo la vista y descubrió otros ladrillos blancos, algunos mucho más pequeños, y todos con el hueco ya indicado y vacíos igualmente. Como en aquel momento le llamaron, no continuó sus investigaciones ni quiso decir nada á los ingleses que guiaba; guardó el secreto y volvió solo, armado de un azadón y con víveres para pasar en aquel lugar una temporada.

Había estado en la existencia de tesoros enterrados, y en efecto, en aquel valle, resguardado por montañas, sin más entrada que una angostura obstruida por pñiscos, existía un tesoro arqueológico, una ciudad inmemorial.

Cuando estuvo solo y pudo tranquilamente escarbar en la caverna, se convenció de que todo el suelo estaba embalsado de piedras que guardaban simetría. Era un embalsado original que, descansando sobre un hueco, hacía cruzar y triturarse algunas losas bajo el pie. Paripomenon pensó un momento si estaría destruyendo el piso de algún edificio prehistórico, y se detuvo: volvió á levantar baldosines y halló como fragmentos de bñculos de pñico.

Solo cuando penetró en un lugar menos sombreado á las humedades halló el rígnica descifrado clarísimo: aquella cueva era un cementerio, aquellas baldosas lápidas sepulcrales, y en las tumbas no sometidas á la intemperie ni á las filtraciones, vió y extrajo con asombro esqueletos humanos del tamaño de una cuarta rotos y desechos los más, y algunos tan fñpjos y brillantes que parecían joyetes de marfil. Yo tengo, dice el descubridor, un alfiler hecho con la calavera de un niño.

Cuando me convencí de la verdad no pude menos de descubrirme en honor de la memoria veneranda de los filósofos que afirmaron la existencia de los pigmeos, y especialmente en honor de Herodoto, que aseguró que existían cerca de las márgenes del Nilo.

En los famosos viajes se aprovecharon esas noticias históricas para hacer una novela deliciosa. Con qué admiración visitaría el autor este cementerio, que le diría claramente: "Nada hay nuevo en la tierra ni inventan los hombres que no exista, haya existido ó deba existir en realidad."

Creíame en aquel momento un gigante—dice—al tener un esqueleto, quizás de un rey, en la palma de la mano. Un cementerio suponía la existencia de un pueblo inmediato; pero ¿podría durar á través de los siglos la obra de los pigmeos, cuando han sido destruidas tantas ruinas gigantescas? Examinó con cuidado los terrenos próximos, excavando en toda desigualdad: un día—vuelve á decir—sentéme en una piedra que había encima de un arroyo, y noté que se movía como un asiento que vá á hundirse. Levantéme con rapidez, separé la tierra que había alrededor y descubrí maravillado que era un puente perfecto, sobre un pilar de piedra; indudablemente aquel arroyo era el río de la ciudad de los pigmeos, y el puente era el camino que debía conducirle á la ciudad. En efecto un entosado me guió y siguiendo su dirección llegué á una pequeña elevación, donde debía haber estado aquel pueblo. No me había equivocado. A los pocos azadonazos descubrí una muralla en miniatura, de forma cilíndrica imitando de grande, que tal es la manía general de los pequeños: pronto me convencí de que la ciudad era cubilte; estaba amurallada por arriba, para que los hombres de tamaño natural no entrasen de un salto, ni las aguas anegasen al pueblo, ni los pájaros se llevasen á las gentes. Excavando por diversos parajes, pude ver el principio de las calles y el interior de algunas casas; su poca pesadumbre habla conservado aquellas construcciones ligeras; introduciendo la mano saqué la envoltura de un gran galpago que estaba en el piso bajo de una casa. ¿Sería una carroza en aquel pueblo? ¿Sería un carro de mudanza?

En una gran plaza ví un gran edificio como de dos metros de altura; tenía la apariencia de templo, porque había un casabel en la fachada, sin duda para llamar á los di-votos. Metí la mano en el templo y saqué un cebolla fñsil. ¿Sería un dios petrificado?

A las puertas de la ciudad había una especie de monumento sepulcral; bajo una losa grande que levanté con más trabajo, ví un esqueleto con armadura de galpago; era un guerrero ilustre de una cuarta de estatura; á su lado estaba el esqueleto de un conejo; como aquellos seres no debían tener caballos, montaban en animales muy pequeños. El esqueleto debía ser el de su conyuge de batalla.

Después de haber fumado un cigarro cerca de las ruinas, Juan Paripomenon quedóse dormido; al despertar, una humareda le envolvió; sin duda había echado la colilla en la ciudad, y por todos los huecos que hizo su azadón se fuñ borbotones de humo. No había medio de extinguir aquel incendio que destruyó un pueblo respetado por el tiempo; sólo había logrado salvar algunas estatuas de piedra, el puente y los sepulcros con sus ómnias. La bomba de Gulliver no le fuñ efecto; el camello que llevaba el naturalista no tuvo por conveniente ayudar en aquel caso.

Las academias de Atenas han reconocido los objetos que exhibe el naturalista griego, y de su dictamen se desprende que no ven en ellos sino pedruzcos informes y restos fñsiles de mamíferos pequeños. El pueblo pide que se auxilie al sabio; los sabios piden que lo reconozca un aliculista.

Las academias de Atenas han reconocido los objetos que exhibe el naturalista griego, y de su dictamen se desprende que no ven en ellos sino pedruzcos informes y restos fñsiles de mamíferos pequeños. El pueblo pide que se auxilie al sabio; los sabios piden que lo reconozca un aliculista.

noticia que Stanley ha encontrado en su última excursión por el interior de Africa varias tribus de pigmeos, aunque de mayor estatura.

JOSE FERNANDEZ BREMON.

UN TIPO MADRILEÑO

De seguro conocen ustedes á mi vecino. Lo habrán visto muchas veces en la calle, que esta es la residencia diurna de D. Serafin Collado.

Apenas se pone el sol, D. Serafin se recoge en casa hasta el día siguiente; pero desde el crepúsculo matutino hasta el vespertino, no le busquen ustedes sino en la calle.

Y no es que el Sr. Collado sea callejero no señor. Es que sus ocupaciones las tiene en la calle, y no quiere abandonarlas.

Como ya he dicho, creo que ustedes conocerán á mi vecino, y si me engañó, los que deseen conocerlo no tienen más que ir cualquier tarde á las obras de entarugado de la calle del Arenal. La hora mejor es la de las cinco de la tarde.

A esta hora, minuto más, minuto menos, verán llegar á un señor, como de 60 años, bien conservado, enjuto de carnes, de rostro avellanado y perfectamente rasurado, vestido con modestia y empuñando en su mano un grueso bastón.

Si vea que este señor se acerca á las pilas de trapejos, y los toca para ver si tizan, é inspecciona los trabajos y materiales como si fuera el contratista de las obras ó un agente suyo, puede asegurar que ya conoces á mi vecino.

Y si quiere conocerle más á fondo, acerques á él. Le oiréis censurar la mala calidad de los materiales, la lentitud de los trabajos y vereis que hasta se permite regañar á los trabajadores, quienes en su grosería suelen contestarle: "¿Y á usted qué le importa?"

—¡Valiente chanchullo!—os dirá en cuanto os pongáis á tiro de murmuración. ¡Toque usted el contenido de esta barrica! ¡Dicen que es portland inglés! ¡Tan ingé es como yo, que soy de Pola de Sierol!

¡Fíjese usted, casi todos los útiles son nuevos! ¡Claró! De ese modo... ¿me entiende usted? ¡Y echan el agua para la mezcla con regadera, como si se tratara de flores! ¡Y miden las piedras como si por piedra de más ó de menos... En mis tiempos no se hacían las cosas con este descaro!... ¡Vea usted ese piso! ¡Lo estrenaron ayer y ya el mango se va por un lado y la pisonera por otro!... ¡qué pñil!...

Y si le dan ustedes cuerda, mi vecino les dirá cuántos metros han adelantado los trabajos en un mes, lo mal pagados que están algunos sueldos, y la culpa que de todo esto corresponde al contratista y al teniente de alcalde y al ministro, y por último á todos los espñoles "que somos unos borregos y no armamos una que sea sonada."

Ustedes me preguntarán: "¿Y estas son las ocupaciones de D. Serafin?" —Estas, si señores, estas ¡Le parecen á usted pocas? ¡Y el revisar las obras del Banco, de la Biblioteca y del estanco grande del Retiro!"

En Madrid nunca faltan obras ya públicas, ya privadas, y D. Serafin tiene que revisarlas todas.

—¿Pero gana algo con eso? ¿Le dan sueldo como inspector de obras?

—¡No señor!

—¿Pues de qué viv?

—De sus rentas. Del capital que ha sabido hacerse en 47 años de penosos y continuos trabajos.

No había cumplido siete, cuando mi vecino vino á Madrid y se puso detrás de un mostrador de ultramarinos. Desde entonces solo recibió dos cartas de su pueblo, de Pola de Sierol. Las dos estaban escritas por el cura y comenzaban de este modo: "Serafinillo, hijo mío, prepárate á recibir con resignación una mala noticia." La noticia era el fallecimiento de su madre. La segunda carta era copia de la primera, aunque mediaran seis años entre una y otra. La diferencia única consistió en que en esta la mala noticia era la de la muerte de su padre.

Serafinillo derramó sobre la primera carta lágrimas, como los garbanzos de Castilla que vendía; y también sobre la segunda, pero dño advertir que los garbanzos que entonces vendía Collado, no eran tan gordos como los otros.

—Pues, Serafin, se dijo así mismo—hazte cuenta que has nacido en Madrid. ¿Qué vas tú á hacer en Pola, si allí no se encuentra ya un Collado para un remedio!

Y se decidió á pasar su vida en esta Corte.

Y cuando cumplió 35 años y se vió dueño del establecimiento de ultramarinos, en que servía, se casó con... con una mujer, porque á mis noticias no han llegado más datos de la esposa de Collado.

Y al año enviólo, quedando sin sucesión y solito como un hongo. ¡Dios no quiso que retñase la rama de los Collados!

Cuando se cansó de la tienda la traspasó á un dependiente de la misma, con dos condiciones. Que él continuara viviendo en la casa, mediante en *tantum in tantum* (se dice Collado), y que seguiría escrito su nombre en la muestra del establecimiento.

Y como ya nada tenía que hacer se encargó de inspeccionar las obras que se hicieran en Madrid y sus ensanches, así como también todas las transformaciones que se llevarán á cabo en los jardines y paseos de la villa.

Una vez echada esta carga sobre sí, Collado que no faltó á sus compromisos, se daría matar antes que abandonar su misión.

Con su cooperación se han echo las obras de la Cárcel Modelo, las del Teatro de la Princesa, las transformaciones de las plazas de Bilbao y Santa Ana, en suma, cuantas obras se han llevado á cabo en Madrid, en estos últimos años. Antes ha fatado la visita del Arquitecto director, que la de Collado. Cuando las obras del Hipódromo se llevaba allí la comida como los demás operarios!

La otra tarde le encontré al entrar en casa, que volvía de su trabajo.

—¿Qué día he pasado hoy, y vecino! No sé como tengo pie. Primero he hecho mi visita á las obras del Banco, ¡qué adelantadas van!... luego he ido á las de la Biblioteca; á estas voy á dñir de ir por que no adelantada nada, ¡están como hacen los años! he estado también un rato junto á Neptuno, ¡también está fuente está

en transformación! y ahora vengo de la calle del Arenal, que es hoy la obra que más necesita de mí. Ya he terminado mi trabajo de hoy, por supuesto, después de dar un vistazo al andamaje que está poniendo en casa de la duquesa de Santofía.

—¿Me usted, vecino, no puedo con tanto trabajo. Este Ayuntamiento, con su manía de hacer obras y transformaciones en plazas y paseos, no me deja un momento libre. Más de un año hace que no voy á ver la parada, que es mi distracción favorita. ¡Si no tengo tiempo!... Y dígame usted, vecino, ¿cuándo comienzan las obras de la Gran vía? Me han dicho que pronto. Yo no sé cómo me las comprondé entonces. ¡Tendré que buscar quien me ayude!...

Creo que con lo dicho, basta para que sepan ustedes quién es mi vecino del cuarto bajo derecha.

Si quieren conocerle mejor, vayan donde les he dicho y le encontrarán.

JOSE ALMENDRA.

VUELO TARDIO

(De La Epoca.)

Como dudamos que sea posible la intimidad absoluta, oigamos con asombro que el amistoso y recíproco afecto de los Hernández y los Baldó no podía ser mas íntimo.

Tú, lector, sabiendo cuan difícil es que dos personas congenien, condrás en que es aún más raro que dos familias vivan mucho tiempo en santa paz. Y esto se te hará mas increíble todavía cuando sepas que los Hernández y los Baldó decidieron habitar una misma casa, que á este fin alquilaron dos principales y que al piso de la derecha fueron unos y al de la izquierda otros.

¡Qué momentos tan placenteros aquellos en que los preparativos de alhajar las habitaciones sucedían los mas risueños planes de convertir ambas casas en una, como habian convertido en una sus almas para quererse é identificarse bien!

Los Hernández almorzaban en casa de los Baldó y éstos en la de los Hernández ó viceversa.

En cualquier enfermedad, en cualquier pena, unos y otros se prodigaban á porfia los mas solícitos cuidados.

Los maridos iban siempre juntos, las mujeres se confababan sobre sus secretos y los chicos jugaban reunidos. Pero donde mas claro reflejo haló tanta intimidad fué en las hijas: Matilde Baldó y Margarita Hernández, que eran, por cierto, preciosas jóvenes, fueron amatantísimas amigas, inseparables, y vestidas siempre lo mismo, parecían dos hermanas. Mas no en los caracteres: en esto se diferenciaban bastante.

Matilde era dulce, afectuosa y espon tánea.

Margarita dominante, reservada y caprichosa, sin que esto implicase ausencia de buenas cualidades, no; esto solo quiere decir que su amiga valía más.

Añadir que aquella era la dominada es casi, casi ofender vuestra clara penetración, lectores míos, pues de sobre lo habreis supuesto; pero hay que consignarlo todo.

Margarita dominante, reservada y caprichosa, sin que esto implicase ausencia de buenas cualidades, no; esto solo quiere decir que su amiga valía más.

—¿Pero gana algo con eso? ¿Le dan sueldo como inspector de obras?

—¡No señor!

—¿Pues de qué viv?

—De sus rentas. Del capital que ha sabido hacerse en 47 años de penosos y continuos trabajos.

No había cumplido siete, cuando mi vecino vino á Madrid y se puso detrás de un mostrador de ultramarinos. Desde entonces solo recibió dos cartas de su pueblo, de Pola de Sierol. Las dos estaban escritas por el cura y comenzaban de este modo: "Serafinillo, hijo mío, prepárate á recibir con resignación una mala noticia." La noticia era el fallecimiento de su madre. La segunda carta era copia de la primera, aunque mediaran seis años entre una y otra. La diferencia única consistió en que en esta la mala noticia era la de la muerte de su padre.

Serafinillo derramó sobre la primera carta lágrimas, como los garbanzos de Castilla que vendía; y también sobre la segunda, pero dño advertir que los garbanzos que entonces vendía Collado, no eran tan gordos como los otros.

—Pues, Serafin, se dijo así mismo—hazte cuenta que has nacido en Madrid. ¿Qué vas tú á hacer en Pola, si allí no se encuentra ya un Collado para un remedio!

Y se decidió á pasar su vida en esta Corte.

Y cuando cumplió 35 años y se vió dueño del establecimiento de ultramarinos, en que servía, se casó con... con una mujer, porque á mis noticias no han llegado más datos de la esposa de Collado.

Y al año enviólo, quedando sin sucesión y solito como un hongo. ¡Dios no quiso que retñase la rama de los Collados!

Cuando se cansó de la tienda la traspasó á un dependiente de la misma, con dos condiciones. Que él continuara viviendo en la casa, mediante en *tantum in tantum* (se dice Collado), y que seguiría escrito su nombre en la muestra del establecimiento.

Y como ya nada tenía que hacer se encargó de inspeccionar las obras que se hicieran en Madrid y sus ensanches, así como también todas las transformaciones que se llevarán á cabo en los jardines y paseos de la villa.

Una vez echada esta carga sobre sí, Collado que no faltó á sus compromisos, se daría matar antes que abandonar su misión.

Con su cooperación se han echo las obras de la Cárcel Modelo, las del Teatro de la Princesa, las transformaciones de las plazas de Bilbao y Santa Ana, en suma, cuantas obras se han llevado á cabo en Madrid, en estos últimos años. Antes ha fatado la visita del Arquitecto director, que la de Collado. Cuando las obras del Hipódromo se llevaba allí la comida como los demás operarios!

La otra tarde le encontré al entrar en casa, que volvía de su trabajo.

—¿Qué día he pasado hoy, y vecino! No sé como tengo pie. Primero he hecho mi visita á las obras del Banco, ¡qué adelantadas van!... luego he ido á las de la Biblioteca; á estas voy á dñir de ir por que no adelantada nada, ¡están como hacen los años! he estado también un rato junto á Neptuno, ¡también está fuente está

como culpables, todos los criados. Corriendo esta misma suerte, hasta los pobres que solían ir á recibir una limosna, y su suma, todo aquel que frecuentaba la casa era interrogado, registrado y hasta careado.

La vigilancia y el aislamiento fueron extremos. Margarita sólo debía de ser observada cuando dormía. Se creían que dormía. Entonces quedaba encerrada, y la llave en el bolsillo de su madre.

Y, sin embargo, todo inducía á creer que continuaba la correspondencia.

—¿Cuál será la persona infame que así nos engaña y así perverte á nuestra hija?

Esta era la pregunta, la constante preocupación de los Hernández.

—Margarita no ve, no habla más que á... ¡Matilde!—dijo al fin la mujer.

—¡No es posible!—repuso indignado el marido.

—¡Piensa mal, y acertarás!—añadió ella.

—Me cuesta trabajo creer que esa criatura, de tan angelical aspecto, pueda ser capaz de semejante maldad—siguió diciendo él.

—¡Fíate de los angelitos!

Esta sospecha, formulada día tras día, fué el átomo de nieve al cual se adhirieron otras átomos para formar la temible avalancha que habla de arrollarlo todo á su paso.

Hernández acabó por pensar mal y por creer que habla acertado.

¡Nada hay tan contagioso como un mal juicio!

Y como los arranques irreflexivos llevan siempre indomible impulso, los Hernández, dominados por la ira más completa, se presentaron, convertidos en fieras, ante los Baldó.

Y sin más ambages, dando desaforados gritos y hablando ambos á la vez, insularon de tal modo á la pobre Matilde, que de las palabras hubieran pasado á los hechos, á no impedirlo sus padres con desesperado arranque de indignación.

No hay frases, todo falta ó todo sobra, para bosquejar siquiera tan violentísima escena.

El matrimonio acusador despidió fuego por los ojos; de los de Matilde se habla hecho duño el estupor, el espanto y no podía llorar. ¡Sus padres la defendían y lloraban.

No hay palabra ofensiva, ni aterradora amenaza, que supere á todo lo que dijeron y ofrecieron los Hernández.

Y es seguro que entre aquellos dos hombres las cosas quedaron resueltas de otro modo, á no ser por lo que en seguida sucedió.

Haciendo los mayores espavientos y sin acertar á expresarse, entró la criada de aquellos y dijo:

—¡La señorita Margarita se ha escapado!

Efectivamente, mientras sus padres la dejaron para ir á insultar á los vecinos, ella dejó á sus padres para ir... ¡Dios sabe dónde!...

Y mientras marido y mujer vociferaban y huían desesperados para convencerse de tan triste verdad y contemplar la *jaula vacía*, los Baldó sólo cuidaban de su hija adorada, que fué acometida de un síncope.

Cuando el médico llegó resultó uno más á gritar.

—¿Qué la han hecho VV.? ¿Quién la ha dado este disgusto?

Los afligidos padres, que apenas podían articular palabra, solo á fuerza de fuerzas lograron darle detalles del suceso.

—¡Matilde no recobraba el sentido!

Fueron tales los gritos, que se oían desde la calle. Esto dió lugar á que cuantos por allí pasaban se detuvieran, formasen grupos, comentaran á su autojo lo acontecido y que el escándalo se hiciera público en seguida.

El vuelo de la maledicencia no puede ser más rápido!

El gran Galeoto ll-vó á todas partes el eco de sus palabras y opiniones.

La atmósfera creada en Madrid resultaba funesta para la reputación de Margarita y Matilde.

—¡Está, sobre todo llevaba la peor parte!

—Margarita tiene más disculpa—decían todos,—está ofuscada, el amor ciega; pero Matilde no tiene perdonar: Dios; ¡ponite papel ha presentado!... ¡Y tan joven, y ya tan... adelantada!

Estas y otras indezas eran las que el mundo, en su sábio parecer, calculaba que merecía la pobre joven.

De todo esto se daba ella exacta cuenta, por más que ella no lo hubiera previsto, dada su inclinación á pensar bien siempre; pero una vez recibido el golpe, pudo apreciar las consecuencias de la herida.

Y si alguien hubo que le hizo "soñar y cavilar," según el doctor decía, hay indicios para creer que ahora hac que se desespere, buyendo y desconociendo de ella, más atento á la maledicencia que á su amor.

Cuando volvió en sí, lo primero, lo único que dijo fué:

—¡Calumniada! ¡Deshonrada!

Esta idea era superior á sus fuerzas. Luego volvió á quedar sumida en profundo y grave abatimiento.

Ni las energías disposiciones del médico, ni el llanto de la madre y del padre las caricias, nada, absolutamente nada le sacaba de esa prostración.

Sólo habla para decir:

—¡Qué calumnial!

Y cada vez que esta palabra salía de sus labios, en sus ojos, cual puntos de admiración á su izquierda, aparecían algunas lágrimas.

No hubo periódico que no diera noticias más ó menos veladas del suceso.

¡Pobre Matilde! ¡Todos la atacaban, se preparaban todos á huir de ella, á negarle el saludo! Y, como sucede siempre aquellos que más debían callar eran los que más hablaban...

Como Margarita no vivía más que á Matilde y fuesen íntimas amigas, y Margarita nada revelara, resultaba difícil probar la inocencia de aquella.

¡Hubiera bastado nuestra débil voz á negar, mientras el clamoreo público afirmaba?

—¿Será posible que "las deficiencias y las faltas" sociales deban y puedan ser reparadas en el mundo mismo en que existo, aplicado cada uno su fé su inteligencia y su constante energía á la solución de todos los problemas?"

Matilde podrá curar de su enfermedad; pero su reputación podrá quedar sana? ¿Bastará con que lleve impreso en la fisonomía "el síllo de la inocencia" como dicen y solo ocurre en las novelas?

Siendo los Hernández los más poderosos, ¿dejarán de ser los más creídos? ¡En fin, allá veremos!

Los días no pasaron en balde.

Era ya público y notorio que Margarita "se fugó á medias," que no salió de Madrid, sino que pidió amparo á unos parientes pocos momentos después de salir de su casa, y que estos parientes pidieron luego á los padres de la arrependida niña perdón y hospitalidad para ella. No tuvo valor para ir donde estaba su amado.

¡¡UVAS, UVAS, UVAS!!

frescas, gordas y enracimadas llegadas en el vapor SAN IGNACIO DE LOYOLA, se venden por libras en "La Castellana" de San Fernando y por barriles y libras en "La Castellana," Escolta 37.

EL MINDANAO

6-ESCOLTA-6.

REINA REGENTE!!

Es la bebida mas sana para entonar el estomago.

A. M. PABALAN.

EL ARNÉS

FABRICA DE MONTURAS Y GUARNICIONES

DE V. JIMENO

PROVEEDOR DEL REAL PALACIO DE MALACAÑANG

Recibimos mensualmente grandes surtidos en artículos, los cuales son de las principales fábricas de España, Inglaterra, Francia y Norte de América, en:

Guarniciones limonera y tronco á la española é inglesa, á la Dumont, Tander y Violin.
Monturas de señora en veludillo bordado, gamusa, pieles chanco y de cerdo.
Idem de caballeros; á la española, inglesa, rollos, royal, carreras, y con asiento de suspension con cojinete ventilado y movable, en pieles de chanco, ante y cerdo lejítimo.
Idem con todo el equipo reglamentario para los Sres. Jefes y oficiales del ejército.
Grande y variado surtido en cabezadas de montar, españolas é inglesas, bocados jerezanos, estribos baqueros, serretas de montar y picadero, faroles carruaje, látigos de idem, montar, perreros y caza, cejaderos de cadena y cuero, falsos collares charol, sudaderos fieltro, collares, y bozales para perro, bocados de tiro y montar, estribos, petrales, martingalas, baticolas, acciones de estribo, cinchas, riendas estambre de montar y tiro en varios colores, cabezadas cuadra, bolsas para monturas propias para provincias, espuelas baqueras é inglesas, impermeables, corta pelos ó máquinas para esquila, cinturones, maletas y sacos de viaje, porta-mantas, sombrereras cuero, polaynas, cepillos, almohazas, escobas para coches é infinidad de artículos pertenecientes al ramo los que se detallan á precios sin competencia en plaza.
En los talleres de la casa se construyen toda clase de encargos, con prontitud y esmero bajo la direccion de persona competente.
Grandes surtidos en artículos del país con cueros adobados en el establecimiento.

CARRIEDO 10.

116 BIBLIOTECA DE LA OCEANIA ESPAÑOLA.

AVENTURAS DE PICKWICK. 117

guardara la vida, de su único hijo. A esta ple-garia sucedió una explosión de lágrimas, una agonia de desesperacion, tal como no pienso ver nunca. Desde aquel momento, me convencí de que el dolor abreviaria su vida, pero ni una queja, ni un solo suspiro agitó sus labios de nuevo.

Era un espectáculo conmovedor ver un dia y otro, en el lúgubre cuarto que ocupaba el criminal, á aquella desventurada madre esforzándose en llegar al corazon de su hijo, ya por el cariño, ya por las súplicas mezcladas con llanto. Todo era en vano: seguía sombrío y mudo. La conmutacion inesperada de su castigo por el de catorce años de presidio, no le produjo la más pequeña emocion.

El espíritu de resignacion que estaba sosteniendo hacía mucho tiempo á aquella infeliz mujer, no podía luchar más con la debilidad y las enfermedades. Así es que comprendiendo lo crítico de su situacion quiso ver á su hijo una vez más. Dejó el lecho y se dispuso á marchar, pero inútilmente, la abandonaron las fuerzas y cayó casi inanimada sobre el suelo.

Entonces la indiferencia y el estoicismo del criminal, sufrieron una ruda prueba. Pasó un dia sin que fuese su madre. Otro dia más y tampoco pareció. Un tercero, y continuó la ausencia.

Esto empezó á torturar el corazon del bandido, y mucho más cuando pensaba que quizás se lo llevarían á cumplir la sentencia sin volverla á ver.

Este nuevo castigo que le enviaba la Providencia, pareció que le iba á volver loco. ¡Oh! ¡cómo las ideas, por tanto tiempo olvidadas, de sus primeros años volvieron en confuso tropel

á apoderarse de su inteligencia, mientras que á grandes pasos atravesaba la estrecha mazmorra que la servía de prision, como si la rapidez de sus movimientos prestara fuerza al tiempo para andar más deprisa, como si de aquella suerte pudiera acelerar la llegada de su anciana madre!

Su madre, quien únicamente le había querido en el mundo, su madre estaría enferma, quizás agonizante, á media legua de allí; algunos minutos le bastarian para llegar junto á ella, y sin embargo, tal vez no la vería más. Entonces se abalanzaba á la reja, y cogiéndose á los barrotes con la energía que dá la desesperacion, los sacudía haciéndolos temblar; luego se lanzaba á los espesos muros como si quisiera derruirllos. Pero todo inútil, la prision rechazaba todos sus insensatos esfuerzos, rompiendo su indiferencia y haciéndole llorar como á un niño.

Yo llevé al hijo las palabras de perdon y la bendicion de su madre, sin decirle hasta qué punto era su estado grave; yo llevé al lecho de la moribunda solemnes promesas de arrepentimiento y ardientes súplicas de perdon. Yo escuché con triste compasion los mil proyectos que el criminal arrepentido formaba para cuidar á su madre y hacerla dichosa cuando volviera del presidio.

Aquella misma noche emprendió el viaje á la penitenciaría.

Pocas semanas despues, el alma de su infeliz madre abandonó este mundo, como creo confiadamente, por una region de paz y de dicha eterna. Cumpil mi mision sobre sus pobres restos, que descansan en nuestro reducido ce-

120 BIBLIOTECA DE LA OCEANIA ESPAÑOLA.

AVENTURAS DE PICKWICK. 113

mistress Edmunds ocuparía un asiento todavía más modesto, ó que estaría achacosa y no podría ir sola á la iglesia. No se atrevió á hacer otra alguna suposicion. Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo y se volvió para marcharse.

Al llegar al pórtico se cruzó con un hombre viejo y cascado. Al verlo se estremeció; lo había reconocido; muchas veces lo había visto abrir fosas en el cementerio, tras de la iglesia. ¿quién habría dicho el honrado sacristan al licenciado de presidio? El viejo alzó los ojos y lo miró un instante; le dió las buenas tardes y se alejó lentamente. No le había conocido.

Edmunds bajó la colina y atravesó la aldea. El tiempo estaba caluroso, y los aldeanos, sentados en las puertas ó paseando por sus pequeños huertecillos, disfrutaban del fresco de la noche y de las dulzuras del reposo, despues de las fatigas del dia. Muchas miradas se dirigieron al forastero, y este observaba á derecha é izquierda si alguien le conocia, ó todos le habian olvidado. Habia caras nuevas en casi todas las casas: algunas veces reconocia tal ó cual fisonomía de un condiscípulo; aquella otra de uno que era entonces un muchacho y que ahora jugaba con sus pequeñuelos; otras veces veía sentado en un sillón á un viejo enfermo é impedido que él lo dejó bueno y ágil. Nadie lo reconoció, y atravesó el pueblo sin que le dirigieran la más mínima palabra.

Los últimos y delicados rayos del sol envolvían á la tierra en una capa de púrpura, dando un brillo dorado á las secas espigas y prolongando las sombras de los árboles, cuando llegó

ciles, y la solicitud llena de ternura y dolor con que educaba á su niño. Que Dios me perdone lo que voy á decir, puesto que la sospecha no es cristiana; pero en mi alma y en mi conciencia existe la evidencia de que su marido, durante muchos años, trató de matarla á disgustos.

Ella todo lo sufría pacientemente por el cariño de su hijo, y aunque parezca estraño, por el amor de su marido. Le había querido mucho, y á pesar de sus brutalidades; á pesar de las crueldades de que era objeto, el rescoldo de su antiguo amor despertaba en su corazon sentimientos de indulgencia y disculpa para su infame marido.

Eran muy pobres: la conducta del marido no podía dar otro resultado; sin el obstinado é incesante trabajo de la mujer habrían muerto de hambre. Pero todos sus esfuerzos tenian la misma recompensa.

Los que pasaban de noche cerca de la casa, tenian frecuentemente ocasion de oír los gemidos de la mujer y el ruido de los golpes que le daba su marido. Más de una vez, despues de media noche, el niño fué á llamar suavemente á la puerta de alguna casa vecina, donde le mandaba su madre para que escapara de la furiosa embriaguez de aquel padre desnaturalizado.

Siempre, y aunque la pobre criatura tenia frecuentemente señales de los malos tratamientos de su marido, asistia con asiduidad á los Oficios Divinos. Todos los domingos, por mañana y tarde, ocupaba con su hijo el mismo banco en nuestra modesta iglesia; y aunque la madre y el niño iban siempre mal vestidos

15

124 BIBLIOTECA DE LA OCEANIA ESPAÑOLA.

AVENTURAS DE PICKWICK. 125

CAPITULO VII.

Donde se verá como Mr. Winkle, en vez de tirar al pichon y matar al grajo, tira al grajo y hiere al pichon, como el club del Báculo de Bingley-dell lucha con el de Munggleton, y como el de Munggleton cena á espensas del de Bingley-dell, con otros diversos asuntos igualmente interesantes é instructivos.

Las fatigosas aventuras del dia, ó quizás la influencia soporífera de la historia contada por el sacerdote, obraron tan fuertemente sobre los nervios de Mr. Pickwick, que escasamente halló cinco minutos que se había acostado, y ya estaba dormido profundamente. No despertó hasta que, á la mañana siguiente, los brillantes rayos del sol naciente vinieron á increparle por su mucha holgazanería.

Mr. Pickwick, que no era perezoso, se levantó enseguida.

—¡Que país más delicioso!—exclamó con entusiasmo abriendo la ventana.—¡Ahl cuando se siente la influencia de un paisaje semejante, ¿es posible que haya quien se resigne á vivir siempre en una ciudad? ¡Podrán vivir en un lugar donde no ven el heno más que en las cuadras; donde no vea más florecillas que las siemprevivas que crecen en los tejados; donde no ven más "vacas" que las de la imperial de los ómnibus? ¡Podrán gustar de la vida en semejantes condiciones? ¡Podrán soportar una existencia semejante?

Despues de haber interrogado durante largo tiempo en esta forma á la soledad, siguiendo la costumbre de los grandes hombres, mister Pickwick asomó la cabeza por la ventana y miró á su alrededor.

El dulce y penetrante olor de la yerba que acababa de ser segada, llegaba hasta él. Los mil perfumes de las florecillas del jardin embalsamaban el ambiente; la verde pradera estaba cubierta de rocío, el cual brillaba bajo los rayos solares. Un ligero céfiro agitaba las ramas de los árboles.

Por último, los pájaros cantaban, como si cada una de las lágrimas de la aurora hubiera sido para ellos un manantial de inspiracion. Contemplando este espectáculo, Mr. Pickwick cayó en un dulce y misterioso éxtasis.

Un grito, llamándolo, fué lo primero que le volvió á la vida real.

Miró rápidamente á la derecha, pero no vió á nadie. Volvió los ojos á la izquierda y obtuvo igual resultado. Midió con audaz mirada el firmamento; pero no era por allí donde le habian llamado; por fin hizo lo que un ser

128 BIBLIOTECA DE LA OCEANIA ESPAÑOLA.

AVENTURAS DE PICKWICK. 121

—¡Nada más?
—Nada más: ¿Queda usted tranquilo?
—Completamente.
—Muy bien. ¿Empiezo yo?—añadió el viejo "gentleman" dirigiéndose á Mr. Winkle.
—Sí lo que Vd. quiere—contestó éste—encantado de hallar un momento de plazo.
Retírese Vd. un poco. ¡Vamos, este es el momento!

Uno de los niños dió un grito y movió una rama, en la cual había un nido: enseguida una docena de grajos polluelos interrumpidos en su importante conversacion, salieron fuera para ver quien era el atrevido interruptor. Mr. Ward le hizo fuego, como vía de expiacion. Uno de los pájaros cayó y los demás siguieron volando.
—¡Cójelo, José—dijo el viejo caballero.
El corpulento jóven se adelantó, contrayendo las facciones á guisa de sonrisa; varias visiones de pasteles de grajos flotaban en su imaginacion. Al cojer el pájaro se rió, porque la víctima estaba gorda y era jóven.

—Ahora le toca á Vd., Sr. Winkle—dijo el viejo, cargando otra vez su fusil.—¡Vamos, tire Vd.!

Mr. Winkle avanzó algunos pasos y disparó su fusil. Mr. Pickwick y sus compañeros retrocedieron involuntariamente para librarse de la lluvia de grajos que estaban seguros iban á caer bajo el plomo devastador de su amigo. Hubo una pausa solemne, luego un grito y un ruido ocasionado por las alas de los pájaros.

—¡Oh! ¡oh!—dijo el viejo gentleman.
—¡No ha salido el tiro?—preguntó Mr. Pickwick.

ante su vieja casa, la casa de su niñez, por la que había suspirado con tanta frecuencia y tan ardentemente durante los largos y penosos años de su cautiverio.

Se acercó á la baja empalizada, y aún recordaba el tiempo en que le parecía gigantesca, y miró por encima de ella al jardin.

Había muchas más flores que antes, pero los viejos árboles eran los mismos. Reconoció aquel bajo el cual se acostó muchas veces en el verano, rendido por el juego y el calor, abandonándose al pesado sueño de una infancia feliz.

Se oyeron voces en el interior de la casa, pero estas le afectaron grandemente: primero porque le eran desconocidas, y segundo que indicaban una alegría que estaba seguro que no podía sentir su madre en su ausencia. Se abrió la puerta y vio salir á un batallon de chiquillos saltando y gritando.

El padre, con una marmita en las manos, apareció en el umbral, y los niños le rodearon, apretándole fuertemente las manos y tirando de él cuanto podían para que tomara parte en sus juegos. El presidiario recordó cuántas veces, en el mismo sitio, se ocultó á las miradas de su padre, ó abrazó con sus temblorosos brazos á su desgraciada madre, al oír los ahogados suspiros que le arrancaban las injurias ó golpes de su furioso marido. Se alejó de la casa paterna apretando los puños y rechinando los dientes de rabia.

¡Tal fué la vuelta que le había preocupado durante tantos años, y por la cual había soportado tantos sufrimientos! Ni un rostro amigo, ni una palabra de perdon, ni una mano que le

16

ESCOLTA

Manila.

SINGER

CALLE REAL

Iloilo.

MAQUINAS PARA COSER

Garantía ilimitada.---Enseñanza gratis á domicilio.---Atenciones y reclamaciones gratis.

10 REALES SEMANALES.

EXPOSICION BARCELONA---1888---GRAN MEDALLA DE ORO (UNICA)

RON BACARDI

En competencia de las 17 marcas que se presentaron Extranjeras.

Unicos y exclusivos receptores en Filipinas J. CODINA Y C.a, venden al por mayor á \$8-50 cajas (con 5 al 10 por 100 descuento, segun pedidos) al por menor y por cajas en los Almacenes "Los Dos Hermanos", "Villa de Burdeos", "Ciudad de Palencia", "La Castellana" (Escolta y San Fernando), "El Progreso" y demás de alguna importancia.

(peor que muchos de sus vecinos que estaban en situación más precaria) su "toilette" era decente y limpia. Todos tenían un saludo de amistad y una palabra cariñosa para aquella "pobre señora Edmunds," muchas veces, cuando al abandonar el templo se detenía bajo los arcos que adornan el pórtico, para cruzar algunas palabras con tal ó cual vecino, ó cuando se paraba para mirar, con el orgullo y la ternura de madre, á su niño rollizo y colorado, que jugaba con algunos camaradas de su edad, su fatigado rostro parecía iluminarse, indicando, si no felicidad y alegría, al menos, resignación y tranquilidad.

Cinco ó seis años pasaron de este modo: el niño era ya un joven robusto y bien formado, pero el tiempo, que había fortificado sus delicados miembros, encorvó á su madre y deliró su paso; y sin embargo, el brazo que debía sostenerlo no se entrelazaba con el suyo; los ojos que debieron animarla, no la miraban con cariño. Ella seguía ocupando el mismo banco en la iglesia, pero á su lado había un lugar vacío; la Biblia siempre estaba entre sus manos, la abría por diferentes sitios, pero nadie la acompañaba en sus lecturas, y las lágrimas brotaban de sus ojos, y corriendo por sus mejillas, iban á caer sobre el texto sagrado. Los vecinos la miraban con la misma compasión, pero á pesar de ello, volvían la cabeza para no verla; ya no se detenía al pie de los viejos olmos; ya no había en su corazón la más pequeña esperanza de dicha futura.

En su desesperación, se echaba la culpa sobre la cara y se alejaba con paso precipitado. ¿A qué obedecía todo esto? Su hijo que

su pálido rostro; creía sentir sus ardientes lágrimas, que caían sobre su frente cuando aquella se agachaba para abrazarlo, y que lo hacían llorar á él también, como si comprendiese la amargura que encerraban.

Recordaba también cuantas veces corrió alegremente por aquel mismo sendero con algunos de sus pequeños camaradas, volviéndose de vez en cuando para ver sonreír á su madre ó para oír su dulce voz; entonces le parecía que un velo cubría su memoria, y mil recuerdos de melancólicas ternuras, de consejos olvidados, y de promesas no cumplidas, vinieron á perturbar su cerebro y á destrozar su corazón.

Entró en la iglesia, y aunque los oficios de la tarde ya habían terminado, y los asistentes se habían dispersado en distintas direcciones, la puerta de encima claveteada con grandes y brillantes clavos estaba aún abierta.

Los pasos del presidiario retumbaban bajo las elevadas bóvedas; la calma religiosa que le rodeaba y su completa soledad, casi le hicieron sentir miedo. Miró en todas direcciones, nada había cambiado. La iglesia le parecía más pequeña, pero encerraba los mismos monumentos que tantas veces había contemplado en sus primeros años con respeto infantil. Allí estaba el misal donde el sacerdote colocaba su libro y desde donde transmitía á los fieles la palabra del Señor; allí el altar de la comunión, ante el cual se arrodilló tantas veces en su infancia, murmurando las oraciones que olvidó al ser hombre. Se acercó al antiguo banco de su madre, el cogía sobre que aquella se arrodillaba, no estaba allí. Lo atribuyó á que

menterio; nada indica que allí está lo que fué el cuerpo de una santa ¿para qué? Sus pesares los conocían los hombres; pero sus virtudes, solamente Dios las apreciaba.

Convinimos, antes de partir el deportado, que este escribiría á su madre cuando obtuviese permiso para hacerlo, dirigiéndome á mí las cartas, porque su padre no quería saber de él y desde el momento de su arresto lo olvidó, sin volver á pensar si estaría vivo ó muerto. Muchos años pasaron sin recibir la más pequeña noticia, y cuando pasó la mitad del tiempo que debía durar su condena, me convencí de que había muerto.

Pero me engañaba. A su llegada á Botany-Bay fué enviado al interior de la colonia, y esto fué la causa de que ninguna de sus cartas llegara á mi poder.

Estuvo en el mismo punto los catorce años, perseverando en sus buenas resoluciones y fiel á las promesas que hizo á su madre.

Cuando cumplió su tiempo, tuvo que vencer grandes dificultades para volver á Inglaterra, al pueblo de su nacimiento.

A la caída de la tarde de un hermoso día de Agosto, John Edmunds entró en el pueblo de donde había sido tan vergonzosamente sacado diez y siete años antes.

El camino que seguía atravesaba el cementerio, y su corazón se oprimió al pasar por él. Los rayos del sol poniente se deslizaban á través de las gigantescas ramas de los viejos olmos, que despertaban en el alma del ex-presidiario los recuerdos de sus primeros años; recordó el tiempo en que, de la mano de su madre, iba alegremente á la iglesia; creía ver

debió conservar piadosamente en su memoria el recuerdo de las privaciones voluntarias, de los muchos disgustos que su madre había sufrido por él, lo olvidó todo, y aumentando las torturas de aquel corazón destrozado por el sufrimiento, trabó amistad con los hombres más depravados, más abandonados por Dios, y emprendió una carrera de vicios y crímenes que debían producirle un resultado funesto.

La infeliz mujer estaba á punto de apurar hasta las heces la copa de la amargura. Numerosos delitos se habían cometido en la aldea y sus alrededores. La audacia de los culpables aumentaba con la impunidad. Un robo nocturno, acompañado de circunstancias agravantes, produjo una persecución activa, á la cual era imposible escapar. El joven Edmunds y tres de sus compañeros fueron presos, juzgados y condenados á muerte.

El grito penetrante y agudo, el grito maternal que resonó en la Audiencia al leer la sentencia de los acusados, aún resuena en mis oídos. Aquel grito aterrorizó al culpable; lo que no pudo conseguir ni la prisión, ni la sentencia, ni la misma aproximación de la muerte.

Sus lábios, hasta entonces cerrados con pesada obstinación, se agitaron y se abrieron involuntariamente. Su rostro palideció, un sudor frío bañó su frente, sus vigorosos miembros se agitaron convulsivamente, y sin fuerzas se dejó caer sobre el banco.

En los primeros trasportes de su dolor, la desolada madre cayó de rodillas, pidiendo dolorosamente al Sér Eterno, que hasta entonces le había dado fuerzas para resistir tanto pesar, la sacase de aquel mundo de miserias, y que

ayudara, ni una casa que le acogiera; ¡y aque era el pueblo donde había nacido! ¡Qué abandono, qué soledad! ¡Cuánto mejor estaba en el islote salvaje á que había sido deportado!

Reconoció entonces que, desde las lejanas comarcas de la infamia y la servidumbre, pensaba en el lugar de su nacimiento tal como lo dejó, no como debía hallarlo.

La triste realidad se presentaba de pronto ante él; y abatía su valor. No tuvo fuerzas para tomar informaciones, ni para presentarse á la única persona que podía recibirle con compasión. Siguió andando muy despacio, huyendo del camino, como un criminal; llegó á una pradera, que había recorrido en otro tiempo en todas direcciones, y cubriéndose el rostro con las manos, se echó en la yerba.

Un hombre, á quien Edmundo no había visto, estaba sentado en el suelo cerca de él. Se volvió para mirar al recién venido, y Edmundo, al ruido que produjo al moverse, alzó la cabeza.

Aquel hombre llevaba el traje de los asilados de Work-House; su cuerpo estaba encorvado, su cara amarilla y arrugada. Parecía muy viejo, pero por el efecto destructor de la miseria y las enfermedades, no de los muchos años. Sus ojos estaban apagados, pero al fijarse en Edmundo se animaron con una extraña expresión de alarma, y se abrieron de tal modo, que parecía iban á saltar de sus órbitas.

El presidiario fué levantándose poco á poco sobre sus rodillas, examinando con ansiedad siempre creciente el rostro del viejo. Los dos estuvieron así por largo tiempo, contemplándose en silencio.

el continuo graznido de los pobres animales indican suficientemente cual es su domicilio.

El viejo caballero puso uno de los fusiles en el suelo y cargó el otro.

—Ya viene nuestra gente—dijo Mr. Pickwick.

Y en efecto, se acercaban Mr. Tupman, mister Snodgrass y Mr. Winkle, porque José, no sabiendo determinadamente á cual de aquellos señores debía llamar, pensó con su profunda sagacidad que para evitar todo error, el mejor medio era convocar á los tres.

—¡Corra usted! ¡Corra usted!—gritó el viejo "gentleman" á Mr. Winkle.—Un tirador famoso como usted debía estar dispuesto dos horas antes de empezar la caza.

—Mr. Winkle contestó con una sonrisa forzada, y tomó la escopeta que le estaba destinado, con la expresión que hubiera tomado un gajo metafísico, atormentado por el presentimiento de una muerte cercana y violenta. Podría ser indiferencia, pero parecía inquietud.

El viejo "gentleman" hizo una seña, y dos muchachos harapientos comenzaron á trepar lentamente por los árboles.

—¿Qué van á hacer esos niños?—preguntó bruscamente Mr. Pickwick.

Su buen corazón se había alarmado, porque había oído hablar de la pobreza de los labradores, de un modo, que no estaba lejos de creer que aquellos niños, obligados por la miseria, iban á servir de blanco á los cazadores.

—Solamente á levantar la caza—contestó riendo Mr. Wardle.

—¿Cómo?
—Asustando á los gajos.

vulgar hubiera hecho desde luego, mirar al jardín, y allí estaba Mr. Wardle.

—¿Cómo vamos?—le preguntó éste alegremente.—Hermosa mañana, ¿no es verdad? Me gusta ver á usted levantado tan temprano. ¿Quiérete usted bajar? Le esperaré aquí.

M. Pickwick no necesitó nueva invitación. Diez minutos le bastaron para terminar su "toilette" y cuando acabó bajó á hacer compañía al viejo "gentleman".

—¿Qué es eso?—preguntó Mr. Pickwick viendo que el dueño de la casa estaba armado con una escopeta y tenía otra junto á él, sobre el césped.

—Su amigo y yo—replicó Mr. Wardle—que vamos á matar gajos antes de almorzar. Es un buen tirador, ¿no es verdad?

—Lo he oído decir; pero nunca le he visto tirar.

—Pues hoy se despachará á su gusto—murmuró Mr. Wardle—y llamó:—¡José! ¡José!

Poco tiempo después aparecía en la puerta de la casa que dá al jardín, el muchacho de la mañana, no estaba adormitado más que las tres cuartas partes de su persona.

—Vé á despertar al "gentleman"—le dijo su amo—y prevénle que me encontrará con mister Pickwick en el bosque. Tu le enseñará el camino, ¿has comprendido?

José se alejó para ejecutar esta comisión, y Mr. Wardle, llevando las dos escopetas, condujo á Mr. Pickwick fuera del jardín.

—Este es el sitio—dijo al cabo de algunos minutos deteniéndose en una avenida de árboles.—Esta es una advertencia inútil, porque